

La castidad y la opción por el Reino

La lectura medieval y en la actualidad. La nostalgia. Aprender a amar para toda la vida. Cuidar y cultivar. La precariedad y la ternura. Referencias bíblicas. Invitación a la penitencia. Disponibilidad al encuentro. La palabra de Jesús. Una elección de libertad y atención

Castidad: la sed

En todas las personas subyace una sed profunda que acompaña la vida, el cuerpo, los afectos, inspira caminos y también las hace inquietas. Esta sed conduce la vida de mujeres y hombres justos también a lo largo de la historia bíblica. En muchos de sus textos la problemática y el mandamiento principal, es decir, la nostalgia más grande que Dios tiene, es el amor.

Lo que en la historia de la espiritualidad cristiana hemos llamado el voto de castidad, se inserta precisamente en esta inquieta sed de la humanidad: el sueño de recuperación de todos aquellos fragmentos de historias que anhelan relaciones nuevas.

El término, de por sí, revela una cierta ambigüedad. En el lenguaje propio de la VR se empezó a usarlo relativamente tarde. En la Edad Media, por ejemplo, no se hablaba de castidad cuando se quería indicar la opción de vida propia de los religiosos, porque se consideraba, -y es correcto-, que todo amor tiene que ser casto para ser verdadero amor. En este sentido la VR no se definían

por un tipo de amor casto, más bien por un tipo de amor continente, diferente con respecto al modo de expresar la sexualidad. Si hoy queremos recuperar los hilos más sutiles de esta sed que habita los seres humanos, tendremos que partir precisamente de eso: el sueño de vivir amores castos pertenece a la humanidad. Relaciones donde la dignidad florece, donde las identida-

des permanecen al intercambiar el amor. Relaciones donde se cultiva vida.

Cuando se empezó a utilizar ese término, su significado se cargó de aquel dualismo que ya afectaba la espiritualidad cristiana. Se consideró casta a una persona si podía vivir sin ejercer todas sus energías biofísicas y afectivas a través de su sexualidad. En este sentido la castidad, cortaba con

"Les amoureux de Vence" de Marc Chagall, obra del 1957



todo lo que lo humano tiene, como capacidad de expresión de amor no sólo afectiva, sino corporal. Lo que hoy en día se percibe, sin embargo, es este sueño de relaciones nuevas, deseo que queda latente en la vida y que acompaña los más diferentes ámbitos vivenciales de las personas. Ámbitos en que se entrelazan historias personales y colectivas: interpersonales, socioeconómicas y políticas, así como interculturales, ecuménicas, ecológicas... Ante estas intuiciones o tímidas percepciones, sentimos que la forma en que por mucho tiempo hemos expresado este voto, deja un vacío profundo, y no recoge lo que de verdad queremos decir cuando expresamos la inquietud del sueño de relaciones diferentes.

La pregunta que nos acompaña y la inquietud que nos alimenta en esta búsqueda y en esta sed es ¿cómo volver a encontrarnos? Cómo volver a intercambiar vida, amor, sabiduría. Cómo salir de la superficialidad. Cómo tocar hondo, ahí donde *la ternura nos vino a salvar*. Donde sentimos que aunque distintas, las personas *van caminando a su pesar*, como dice una canción de P. Milanés. Esta es la nostalgia que comienza desde el Génesis hasta el Apocalipsis y que se queda en el tiempo como el grito bíblico: *Ven Señor Jesús* (Ap 22,17). Este grito expresa con otros, el anhelo de volver a sentir auténticamente la vida. ¡Cuántas mujeres, cuántos niños, jóvenes... sueñan con relaciones nuevas dentro de la historia! En este sentido, dentro del marco de la vida, la castidad es una de las opciones más bellas que alumbrá otras opciones. Cuando la profesamos, dentro



de lo que llamamos VR, simplemente profesamos que por toda la vida queremos aprender a amar.

En la Biblia este anhelo emerge desde diferentes contextos, relaciones y realidades. La ruptura de la armonía que los sabios describen en el Génesis, es una ruptura de relaciones, la misma que hombres y mujeres percibimos muchas veces a lo largo de nuestra caminata histórica. En este cuadro, la ruptura es principalmente desconfianza, por eso sin superar la desconfianza no podemos vivir la castidad. Y ésta no se supera porque somos iguales, o porque pensamos lo mismo, sino porque vemos que la diversidad es importante. Porque Él supo hacer lazos entre opuestos, entre realidades que son diferentes... Pero esta problemática en la Biblia, no se reduce sólo a los ámbitos interpersonales, más bien se concretiza en la búsqueda sociopolítica del pueblo de Israel cuando intenta darse leyes justas (Lev 25; Ex 22). Son las leyes del año sabático que deberían servir

para reconstruir una sociedad en armonía. El pueblo vuelve a la antigua vocación: volver a aprender a cuidar y cultivar (Gn 2,15). En efecto, lo que Dios pidió al hombre y a la mujer cuando los puso en el jardín que es el mundo, fue precisamente eso, cuidar y cultivar. Estos son los verbos de la castidad. Cultivar con todo nuestro ser, con todo lo que cada una(o) es para poder tomar iniciativa de amor dentro de la historia. Y cuidar, que es amar con ternura, porque la realidad es como un tesoro en vasos de barro. Amar la piedad, según Miqueas, expresa en hebreo este amor con ternura, el amor de los detalles, el amor que recoge y cuida las cosas, la realidad, desde abajo. Amar con ternura es como recoger. Es la pasión por la vida que es también pasión por los espacios comunes.

La precariedad de la historia de cada una(o) y de todas(os), es como un telón de fondo que acompaña la vida. Las historias de personas y pueblos, son historias delicadas. Para vivir la casti-

dad se nos invita a aprender a amar la precariedad. Desde siempre Dios enseña a su pueblo a amar con ternura: sutiles relaciones con la tierra, con los frutos que ella da, con mujeres viudas, huérfanos, esclavos, indigentes, extranjeros. El eco que deja el Deuteronomio es muy elocuente: *Cuando siegues la mies en tu campo, si dejas olvidada una gavilla en el campo, no volverás a buscarla. Será para el forastero, el huérfano y la viuda...* (Dt 24,19). Esta es una ley casta, una ley llena de ternura. En este sentido, este voto se hace tomando conciencia de la precariedad de la historia y de la nuestra.

La castidad no se juega sólo en las relaciones varón/mujer, tiene dimensiones más holísticas. La problemática no gira en torno a relaciones de género diferente, sino en torno a todas las relaciones de la vida. Es un lento camino de madurez donde una persona adulta no expresa todas sus energías sólo alrededor de alguien. Este voto nos invita a la plenitud, al gusto por el amor, a cultivar la sed.

Hoy en esta historia, pensar de esa manera es la locura de la que habla Pablo. Es un modo alternativo dentro de una realidad donde se viven difíciles equilibrios. Es seguir pensando que otro mundo es posible. Todos los movimientos sociales, el de Porto Alegre, Antiglobal, Ecológicos... son movimientos que sueñan con la castidad. Es decir, con relaciones profundamente diversas en ámbitos históricos concretos. El reto para nosotras(os) es entrar en estas relaciones de plenitud, de lo contrario continuaremos viviendo amores muy pequeños, muy cerrados, muy egocéntricos,

es decir, contrarios a la castidad. Nuestro desafío es mantener esta inquietud: cómo volver a soñar... cómo buscar con las personas concretas, cómo volver a estar, a encontrarnos. Volver a la justicia, a relaciones llenas de dignidad, no simplemente amar sólo por placer, por provecho, por satisfacción. Y cuando hablamos de placer, no nos referimos simplemente a lo físico, que es lo más normal y lo más humilde. A veces perduramos en placeres que estancan nuestras búsquedas y que son muchos más ambi-

descubrir otra definición podríamos decir que la castidad es también volvernos más sensibles para encontrar. Y no sólo más sensibles con otras personas, sino con las demás criaturas: la tierra, los pueblos, otras culturas, con la diversidad que nos presenta nuestra cultura posmoderna. En efecto, quejarnos mucho del mundo es una actitud que muestra que todavía no amamos. En la VR y en la Iglesia existen mentalidades muy poco castas con relación al mundo. Muchos juicios, como si no perteneciéramos



guos que los placeres físicos. Hay estructuras mentales, sedes de pertenencias institucionales, estériles reivindicaciones que nos estancan aunque no conozcamos placeres físicos.

Dios nos enseña. El Dios casto es el Dios del himno cristológico de Filipenses 2, *aún siendo Dios no consideró un tesoro celoso su igualdad con Dios*. Kénosis no es despojo heroico: Él se despoja para encontrar. Si quisiéramos

mos a la misma historia, muchos documentos oficiales, esbozos de doctrinas que no consideran con ternura la debilidad humana. No se considera lo que Dios siempre ha considerado: la vulnerabilidad y pequeñez, su sangre y su suciedad como canta el profeta (Ez 16,1-14). Esta historia, en la que la humanidad sufre y se mueve en la sangre para poder continuar viviendo, es bella para Dios, y desde allí se puede rena-

cer. Esta es la mentalidad casta de Dios.

El amor casto es superar cada asco. El asco de la desconfianza, de la diversidad, de la situación diferente del otro y de la otra, es no tener miedo de tocar. Es respetar profundamente. Por eso se cultivan los gestos. Es el voto comunitario de la alteridad, la sed que nos empuja y nos inunda al mismo tiempo. Nadie vive la castidad sola(o), si así fuese sólo la imaginaríamos. Sin embargo, ¡cuántos errores por nuestras imaginaciones! Cómo ayudarnos

jer como modelo y trabajé por ella a lo largo de todo el invierno. Gracias a Dios, pude salvarla a ella y a su hijo del hambre y del frío, compartiendo con ella el mismo pan. (...) La vida hirió a Sien (es el nombre de la mujer), el sufrimiento y las adversidades la marcaron (...). Cuando la tierra no sufre una prueba, de ella no se puede obtener nada. Ella, sufrió una prueba, por consiguiente hallo en ella, lo que no encuentro en muchas mujeres que en su vida no sufrieron pruebas. Él dirá también: esa mujer es fea y des-

siempre, la desconfianza de los discípulos es mucha, por ser varones más todavía. En torno a la cuestión del matrimonio y del divorcio ellos le dicen a Jesús *si tal es la condición del hombre respecto de su mujer no conviene casarse*. La solución es eliminar una parte o huir de ella. Jesús tiene otra sensibilidad, la cuestión que plantean los discípulos es muy poco casta mientras que la nostalgia de Jesús es grande. No todos entienden este lenguaje, sino *aquellos a quienes se les ha concedido... hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino... quien pueda entender que entienda*. Esta no es una afirmación excluyente desde una historia jerárquica, dividida en medio de difíciles armonías entre la diversidad. Lo que dice Jesús, en su nostalgia de relaciones nuevas, es precisamente lo contrario del pensamiento de quien sueña con una historia jerárquicamente perfecta y dividida en castas.

El Evangelio deja sobresalir la diversidad que habita la historia: hay eunucos desde el seno materno. Es decir, la naturaleza también se expresa en otro modo. Nosotras(os), tan lógicas(os), pensamos que todo tiene que justificar nuestra perfección, y lo perfecto es lo que entendemos y conocemos para reflejar nuestros esquemas. Sin embargo, Dios deja espacio en la naturaleza misma para "cosas imperfectas", según nosotras(os). El Evangelio nos dice que existe esta diversidad, existen otras presencias que habitan la vida aunque a nosotras(os) nos parezcan sin sentido. Hay eunucos que nacen así... Dios nos dice también que él deja espacio para esta diversidad



a tocar esta realidad, asumirla, sanarla; esta es nuestra fe en la pequeñez.

El texto de Ezequiel podríamos leerlo dejando que otras palabras humanas hagan eco: pensamos en la carta que Van Gogh escribe a su hermano, describiendo a la mujer que amaba: *En el invierno, encontré una mujer embarazada y abandonada por el hombre del cual llevaba en su vientre el hijo (...) tomé esta mu-*

gastada, pero ve en ella verdaderamente lo que se necesita. Es una descripción de amor, más allá de cánones de belleza, entrelazada en tramas secretas de amores tiernos, amantes de la dignidad y de la libertad.

La sed nos hace así...

En esta perspectiva recogemos también las palabras del Evangelio de Mateo (19,2), que dejan entrever una tenue sed. Como



sin dar muchas explicaciones, sin enredarse en las reglas de los cálculos de la lógica gravitacional de aquellas personas que se consideran perfectas.

Hay sin embargo eunucos que fueron hechos tales por los hombres. Existe una historia que, con su mentalidad, quiere marcar la vida de los demás sin ningún derecho. Engendra clases sociales, categorías socioculturales, son los eunucos que se han vuelto así porque otros los han hecho así. Tendremos que considerar que la historia ha sido y es injusta con algunas personas. Son todas aquellas situaciones en las que muchas(os) se encuentran involuntariamente, situaciones cultivadas en una mentalidad de exclusión profunda. Situaciones en las que a las personas se les quitan los derechos más elementales.

Hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino. No podemos pensar nuestra castidad sin la historia. Si lo hacemos nos cortamos las alas. *Se hicieron*

tales, en una extraña solidaridad con la sed de otros. En la sociedad del tiempo de Jesús tomar esta decisión significaba entrar a ser parte de esta categoría de excluidos, ya sea por naturaleza o porque la sociedad había marcado y puesto este sello encima de ellos; es una paradoja. Decir *nos hicimos tales* nos introduce y nos acompaña a unimos en el destino de mucha gente que no tiene sentido para la historia oficial. La castidad es necesaria para vivir la opción por el Reino, es decir, por las cosas pequeñas, por la normalidad de la vida, por la religiosidad de la vida, y no por penitencia sino por gusto: el gusto del amor, la búsqueda de sintonía con la sed de tantas(os). Hay personas que se hacen tales... Personas que no tienen privilegio, que no tienen que defender pertenencias particulares, que no tienen ningún derecho oficialmente reconocido, que no reivindican reconocimientos especiales. Sólo en este sentido la castidad nos hace libres.

Pero, ¿qué quiere decir esto con respecto a la pasión profunda que tenemos por Dios? Nosotras(os) también nos volvemos uno de tantos. Decidimos pertenecer a esa categoría, y en ella aprendemos un profundo respeto. El respeto es el reconocimiento del espacio ocupado por otra persona o por otra criatura. El respeto es el gusto delicado que sobresale frente al misterio de la vida, aprender a proteger y a sentirnos protegidos. *Nadie hará daño, nadie hará mal...* (Is 11,9).

El respeto cuida y cultiva sin hacer daño y sin permitir que la historia se vuelva violenta. Es el punto de encuentro entre el misterio y nosotras(os) para que nadie pueda hacer desaparecer la diversidad queriéndola poseer. La castidad es la invitación a no caminar distraídas en esta historia. Ayudarnos a reconocer cuántos mundos se sostienen, la sed que nos habita no como una posesión personal, sino como parte de una humanidad sedienta.

Hna. Antonietta Potente
Hnas. Dominicás
de Sto. Tomás de Aquino

(3ª parte - continua)

